

# LOS CATOLICOS Y LA VOCACION POLITICA

POR

MIGUEL AYUSO TORRES

A Alberto Ruiz de Galarreta

SUMARIO: I. LA VOCACIÓN DEL HOMBRE A LA PERFECCIÓN MÚLTIPLE.—II. LA VOCACIÓN Y LA VOCACIÓN SEGLAR.—III. LA VOCACIÓN POLÍTICA.—IV. LA POLÍTICA, REALIDAD NOBLE.—V. LA POLÍTICA, FOMENTADORA DEL ESPÍRITU DE CONSAGRACIÓN PROPIO DE LA VOCACIÓN: a) *pobreza*; b) *castidad*; c) *obediencia*; d) *estilo*.—VI. ALGUNAS MEDITACIONES PARA POLÍTICOS. HACIA UNA ESPIRITUALIDAD PROPIA: a) *el trabajo en equipo y las alianzas*; b) *la definición y las decisiones*; c) *la espiritualidad de las «cosas grandes»*; d) *la soledad*; e) *el corte de las comunicaciones*; f) *la ascética de la discreción*.—VII. NECESITAMOS MUCHAS VOCACIONES POLÍTICAS.—VIII. PROMOCIÓN, DIAGNÓSTICO Y MANTENIMIENTO DE VOCACIONES POLÍTICAS: a) *promoción*; b) *diagnóstico*; c) *mantenimiento*.

## I. La vocación del hombre a la perfección múltiple

En la XX Reunión de amigos de la Ciudad Católica desarrollé el estudio del deber que la política supone para los católicos («La política como deber: sentido y misión de la caridad política», en el volumen *Los católicos y la acción política*, Speiro, Madrid, 1982, págs. 351-387), según la línea enunciada por Pío XI como «caridad política», en la prolongación al orden de la gracia de la realidad que no escapó al genio filosófico de Aristóteles bajo el nombre de «*philia politiké*».

En aquella ocasión, por encima de la tentación maximalista del politicismo, señalé la necesidad —consecuencia de que el orden político nunca reúna tantas excelencias que hagan justifi-

able el abstencionismo— de que los católicos se comprometan con la Ciudad haciendo política con mayor o menor intensidad «según nuestro temperamento y nuestros particulares carismas, según la naturaleza de las actividades en que nos afanamos y según la gravedad y urgencia de la situación de la patria» (*Ibid.*, página 383).

Entre los términos de tan matizada declaración voy a ocuparme hoy, continuando aquel estudio, de la vocación política como posibilidad que se le ofrece al católico dentro de las vías que llevan a la perfección. Pero como en buena lógica lo específico sigue a lo genérico, habré de prestar atención, como primera piedra de obligada situación para el posterior discurrir de nuestra reflexión, a la vocación *in genere*.

De acuerdo con el padre Victorino Rodríguez O. P. (*Temas-clave de humanismo cristiano*, Speiro, Madrid, 1984, págs. 35-42), es un hecho antropológico obvio que el hombre viene a la vida como un ser específicamente humano, con una individualidad original e irrenunciable, dotado de una herencia biológica riquísima y sometido a una ley de evolución perfectiva, que es su vocación fundamental.

Llamada que lo es a la vida, a la humanización y a la divinizacón. No me extenderé en la consideración del primer ordenamiento immanente al desarrollo del individuo humano, que podemos llamar ley de vida, y que genéticamente supone el derecho natural fundamental de la persona humana. En cambio, prestaré mayor atención a los órdenes subsiguientes. En cuanto a la llamada, por todos sentida en la profundidad de la conciencia, a la perfección libre y personalmente adquirida, nace inmediatamente de ella el deber fundamental —dotado así de origen religioso— de toda persona de vivir honestamente, y los derechos naturales consiguientes a los medios para realizarlo. En esta vocación personal de humanización arraigan todas las diferenciaciones posibles de perfección, entre las que destaca —por su nobleza y dignidad— la vocación y profesión políticas en su sentido más auténtico de prudencia cívico-gubernamental, de justicia social y de ciencia del bien común. Por fin, por encima de esa vocación a

la honestidad de vida y a la religación con Dios, y como lo absoluto y definitivo del hombre, está la vocación personal de gracia divina, vocación personalísima, con infinidad de matices, modos y grados, como respuestas diferenciadas a la única llamada a la santidad: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5, 48). Proceso cuyo último momento es la vocación definitiva: «Venid, benditos de mi Padre; tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt. 25, 34).

## II. La vocación y la vocación seglar

Recientemente oía sostener a un escritor que si tuviera que decir cuál es la mayor de las bienaventuranzas de este mundo, señalaría, sin vacilar, que la de poder vivir de lo que uno ama; y añadiría una segunda: la de llegar a amar aquello de lo que uno vive. Pero que, curiosamente, parece que son pocos los que disfrutan de la primera y no muchos más los que conquistan la segunda. Aún más, un altísimo porcentaje de los humanos se muere sin llegar a descubrir cuál era su verdadera vocación.

Por otro lado, un catedrático de Derecho canónico se vio sorprendido cuando, disertando sobre la sacramentalidad del matrimonio, fue interrumpido por la pregunta de un asistente («Y si los cónyuges no tienen vocación, ¿qué pasa con su matrimonio?»), sin duda imbuido de la idea de que la vocación es cosa de un pequeño grupo de cristianos selectos.

Curiosa y extrañamente, es éste un vocablo que en el uso común se ha empobrecido, restringiéndose a las vocaciones religiosas y sacerdotales sobre todo. Lo que hay en realidad es una gran ignorancia, porque la vocación no es un lujo de elegidos ni un sueño de selectos.

De modo ascendente se pueden señalar tres niveles en su comprensión. En el primero, la vocación adquiere un sentido reduccionista, equivalente al uso que hacen los que dicen tener vocación de pintor, o matrimonial, queriendo decir simplemente

que se sienten inclinados hacia ese estado de vida que, por otra parte, es el que satisface su inclinación natural y el que mejor se adapta a sus aptitudes y deseos.

No faltan quienes —y es el segundo nivel—, ahondando un poco más y acercándose en mayor grado al entendimiento cristiano del término, descubren en esa inclinación natural la respuesta a una voluntad divina. Pero, cabalmente, no llegan a discernir que su vocación lo sea en el mismo sentido que la sacerdotal.

En el tercer nivel aparece como una llamada personal y singular de Dios, que da al sujeto de esa llamada una misión concreta o le ofrece un proyecto de vida. La vocación, por tanto, se inscribe en el cuadro de las relaciones entre el hombre y Dios, enriquecidas por la dimensión sobrenatural; se sitúa en el contexto de las relaciones *personales* del hombre con Dios. Es, en definitiva, «el producto de la intervención de Dios en la historia humana, de su presencia en ella, estableciendo un diálogo personal con los hombres» (Javier Hervada: *Diálogos sobre el amor y el matrimonio*, EUNSA, Pamplona, 1974, pág. 196).

La Sagrada Escritura nos enseña esta presencia de Dios entre los hombres: «Son mis delicias estar entre los hijos de los hombres» (*Prov.* 8, 31). Y con un antropomorfismo tan atrevido como delicadamente poético, nos cuenta en las primeras páginas del *Génesis* los paseos de Dios por el Paraíso, aprovechando el frescor de la tarde, y la conversación con Adán y Eva. (Cfr. *Génesis* 3, 8). Tal relación personal y aun dialogante puede tener lugar por un medio extraordinario, como muestra también la Escritura con profusión, desde Samuel o Jeremías hasta la Anunciación de María o el «camino de Damasco» de San Pablo. Sin embargo, no es lo común. El hombre descubre su vocación —la voz de Dios, la estrella interior— a través de las circunstancias de su vida y por medio de la acción tantas veces desconocida de la gracia. Y muchos no aciertan a escuchar y columbrar. No es que la luz sea oscura, pero la confunden con las tenues estrellas del capricho y de las ilusiones superficiales. Y no es que el silencioso diálogo no sea expresivo, sino que la sordera lleva a pensar en

la ausencia de una definitiva vocación, e incluso a no comprender el sentido vocacional de ciertos hechos objetivos que, por generales y comunes, dice Hervada, pueden interpretarse bajo el prisma del anonimato: «y el anonimato es lo contrario a la vocación, porque ésta supone la llamada a cada uno por su nombre» (*Ibid.*, pág. 197).

Conocer la propia vocación, lo decíamos antes, es una inmensa gracia. Es, además, factor de pacificación del alma de primera magnitud, pues sobre ese conocimiento se sostiene todo el sistema de *seguridad en el presente* —que junto con la despreocupación por el pasado y la confianza en el porvenir configura la auténtica paz espiritual según la doctrina clásica—.

Es verdad que la seguridad tiene como punto de partida una exigencia económica, pues, como Santo Tomás decía, un discreto buen pasar facilita el ejercicio de la virtud. Pero, sin duda, hay mucho más que este condicionamiento exterior. El núcleo de la seguridad en el presente es profundo y escondido y se centra en el conocimiento de la propia vocación y en la conciencia de fidelidad a la misma. ¿Quién soy yo? ¿Cuál es el sentido de la vida? Contestar estas preguntas es desvelar el centro de gravedad de la cuestión, entenderla nacida de sentirse en el quicio, de encontrar la situación en el mundo.

Don Quijote en una ocasión exclama iluminado: «Yo sé quien soy yo». Unamuno, al final de su vida, comentando esta extraña afirmación, se dolía de no haber conseguido lo mismo. No es fácil conocer el plan de Dios sobre nuestra vida y su trascendencia al resto de la creación: las vidas de los santos lo acreditan con nitidez y, en especial, en cuanto a nuestro tema, la biografía de Santo Tomás Moro encierra profundas enseñanzas (Cfr. Andrés Vázquez de Prada: *Sir Tomás Moro*, 3.ª ed., Rialp, Madrid, 1975).

Además, de la misma manera que la conciencia de una suficiente fidelidad a la conocida vocación propia —la conciencia de que se está cumpliendo en un momento dado exactamente la voluntad de Dios— es el primero y mayor factor de seguridad en el presente, así también la conciencia de la infidelidad a la misma es una fuente que no deja de manar desazón e inseguri-

dad. Y tanto en lo colectivo como en lo individual. Unamuno no en vano decía también que la verdadera cuestión social no es un problema de mejor reparto de riqueza, sino un asunto de reparto de vocaciones.

### III. La vocación política

No puede terminar este trabajo, pues, con las especialidades tratadas de la vocación *in genere* o de la seglar. Porque aunque la espiritualidad del político no puede ofrecer particularidad alguna en cuanto a lo fundamental, es decir, la contemplación infusa como coronamiento de la vida de perfección y la vocación remota a la santidad, según la doctrina clásica interpretada por el padre Garrigou-Lagrange O. P. (Cfr. *Las tres edades de la vida interior*, Palabra, Madrid, 1980), en cuanto a la llamada próxima y los medios que debe seguir, los obstáculos que debe evitar y los actos de virtud que debe ejercer, no sólo autorizan sino que demandan un estudio separado.

Además, trabajar en la vocación política tiene todas las ventajas de la vocación en general, pero realizadas en concreto. Hablar de vocación «a secas», sin más concreción, no es nada, o, peor aún, puede ser un engaño. Por eso, porque no hay vocaciones abstractas sino concretas, hablar de vocación política es una de las ineludibles maneras de servir a la veracidad y autenticidad. Pero en otro orden de consideración son vocaciones más determinadas que otras, por ejemplo la de sacerdote, sin más calificativos, que puede simultánea o sucesivamente realizar trabajos muy distintos y variados. Porque, al hablar de vocación política, no me refiero a algo accidental y frecuentemente mudable como es la actividad política a que es ocasionalmente destinada una persona con vocación seglar, sino a quienes toman la dedicación política como ámbito propio e inseparable de su vocación. Así, como los Hermanos de San Juan de Dios realizan su vocación religiosa en el cuidado de los enfermos, que viene a resultar, por tanto, inseparable de la misma.

Si a esto añadimos que el servicio de la política requiere —por su naturaleza y por la preparación extensa que exige— una larga permanencia, comprenderemos que un paso fugaz y ocasional sólo puede ser mediocre, con la consiguiente profanación del objeto de esa vocación.

En muchas ocasiones estos defectos apuntados provienen de una ausencia de verdadera vocación, que apenas pasa de ser «hobby» o entretenimiento. El paso del uno a la otra representa un salto psicológico —aunque no sólo psicológico, pues en resumidas cuentas es obra de Dios— del «por» al «con». Quien usa de la política como divertimento, o como trampolín de intereses egoístas, que están excluidos *ab initio* de este ensayo, tiene una dedicación «por» gusto. Quienes ejercen una vocación libremente escogida en el servicio de Dios, realizan sus tareas «con» gusto pero «por» Dios.

De lo dicho se puede deducir que existen dos modos de enfrentarse con una realidad política: hacer ante ella entrega vocacional, o buscar la solución de la circunstancia como accidente.

Son los que Gabriel Elorriaga (*Ensayo sobre la vocación política*, Jornal, Madrid, 1958, pág. 51) ha bautizado *política como misión* y *política como aventura*. Modos, por otra parte, comunes a toda actividad humana y también condicionantes de la calidad de los frutos: nunca son de la misma categoría los de una tarea sentida vocacionalmente que los de una acción eventual frente a la que nos sitúa un azar más o menos puro. Porque, como escribe, «el convencimiento íntimo de la ocasionalidad de la tarea política la desvirtúa. La faceta social, al no ser considerada clave de la propia personalidad, reflejo de las propias aptitudes, sino fruto de una circunstancia aceptada por mediaciones externas, se convierte en distracción» (*Ibid.*, pág. 53).

Para curarse de tentaciones aventureras no hay mejor recurso que la preparación paciente y concienzuda para la misión. Y para tal designio, la meditación de la vida oculta de Jesús —«Y bajó en su compañía y se fue a Nazaret, y vivía sometido a ellos» (Lc. 2, 51)— encierra provechosas lecciones.

Habitualmente, con la misma, se pretende suscitar dos con-

vicciones: la fecundidad del esfuerzo callado y la necesidad de una larga preparación para el apostolado o la vida pública.

La vida del político ofrece más situaciones paralelas con la vida oculta del Señor que la mayoría de las demás actividades intelectuales. Común con ellas es la preparación en la juventud, pero característica propia del político es la desproporción entre la fugacidad de sus actuaciones brillantes y los largos años de presencia oculta que se intercala entre ellas. Gustave Le Bon escribió: «Napoleón decía en Santa Helena que el destino de un país depende, a veces, de un solo día. La Historia así lo justifica, pero demuestra también que se necesitaron, por lo general, muchos años para preparar ese día». La referencia no puede sino hacerse al político honesto que se prepara para su tarea, sabe dimitir cuando es conveniente, no fija por objetivo de su vida permanecer en los despachos oficiales y desea terminarla sencillamente como el César Carlos en Yuste.

La vida oculta de Jesús se ofrece como sostén para los que se cansan de esperar. El «cansancio de los buenos» del que tan elocuentemente habló Pío XII es, en política, una enfermedad profesional que puede llevar, bien al *fatalismo* —y por él al abandono—, bien al *posibilismo*.

En lo que hace al primero, una de las razones que retraen a algunos de incorporarse a las tareas políticas e induce a otros a abandonarlas a poco de emprendidas es la creencia de que son incapaces de hacer en este terreno cosas que merezcan la pena. Este desaliento, muy frecuente en los principiantes, que desconocen la dinámica interna de los acontecimientos, puede tener, a su vez, dos fuentes: una es la contemplación del gobierno y del trabajo de Dios sobre el universo a través de prismas de predestinación; otra, la impresión que produce el conocimiento cabal y completo de todas las dificultades, pues el acceso a informaciones poco conocidas acerca de la complejidad de los asuntos y de la magnitud de las fuerzas enemigas puede ser lo mismo un valioso instrumento de trabajo que una causa poderosa de desmoralización. Sagazmente compendia los peligros de la buena información el personaje de Rafael Sánchez Mazas en *La nueva*



*vida de Pedrito de Andía:* «Dijeron los carlistas (en el sitio de Bilbao): "Venir a ver las tropas, los cañones y las municiones que tenemos. Se os tratará a cuerpo de rey, mientras en Bilbao coméis ya ratas y bacalao podrido. Cuando hayáis visto bien, lo que se dice bien, el campo nuestro, si queréis resistir, a resistir se ha dicho; pero si no podéis, ¿a qué derramar sangre entre hermanos? De todos modos, con ver nada se pierde". Los de Bilbao, entonces, reunieron la Junta de Armamento y Defensa. Allí dijeron todos en seguida: "En eso sí tiene razón. Con ver nada se pierde". Pero un personaje callaba. "¿Qué dices tú? —le preguntaron—. ¿En qué piensas?" "Pienso —les contestó— que con ver se pierde todo". "Se pierde la fe". Y luego añadió: "La fe en resistir es lo único que tenemos. Ya veis. Se hacen cartuchos de tierra para engañar a la tropa. Si nos dan el asalto no nos llega para una hora de fuego. ¿Qué queréis saber ya peor todavía? ¿Y no queríais resistir ayer y anteayer? Pues a resistir mañana, pasado mañana y al otro, a ciegas. No queremos ver nada. Aquí sólo sabemos que hay que resistir"» (págs. 197-8).

Por lo que respecta al *posibilismo*, se traduce en una obsesión por estar interviniendo en todo oficialmente, aunque para buscar una justificación, ante sí mismo, ante los demás, se disfrace de los más variados ropajes teóricos. Entre los que no es el menos vistoso el del «mal menor», doctrina que no termina de aprender la lección que la historia confirma con usura de la imposibilidad de acomodarse con el mal para evitar males mayores. Porque, como sostuvo Maeztu, el mal nunca es limitado, sino que lleva tras de sí un mal mucho mayor que no se muestra sino cuando tiene confianza en el triunfo (*En vísperas de la tragedia*, Cultura Española, Madrid, 1941, pág. 59). ¡Qué conveniente es la meditación de la vida oculta para los que no digieren pronto y bien ser relevados de sus funciones! Y para los activistas, ¡qué lección la del diplomático inglés que envuelto en una crisis telegrafió a su Gobierno: «Es urgente no hacer nada»!

El ejemplo de saber esperar en grado heroico lo dan los espías. El caso paradigmático lo describe Georges Menant («Los espías entre nosotros», en el núm. de enero de 1966 de la Re-

vista *Ejército*): «... estos espías durmientes son los más peligrosos. Tal fue el caso, antes de la última guerra, del famoso relojero de «Scapa Flow». Durante quince años, perfectamente asimilado a la comunidad británica, este oficial de la *Kriegsmarine* no hizo nada más que reparar relojes y pasearse por el puerto. En 1939 bastaron unos minutos a los torpederos alemanes para encontrar su camino a través de las defensas de la base y echar a pique al portaaviones *Royal Oak*. El espía durmiente había esperado quince años su día de gloria». A estos días de gloria, largamente esperados de los políticos, puede serles aplicada la exclamación gozosa de la liturgia de la Resurrección: «Haec dies, quam fecit Dominus».

Lo importante es no caer en la desesperación que —como decía Charles Maurras— en política es una «sottise absolue» (*Romantisme et Révolution*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1922, pág. 35), «une erreur et une faute», «une concession gratuite et sans retour aux puissances de l'Ennemi» («Etang de Berre», pág. 308, en *Dictionnaire Politique et Critique*, París, 1932, tomo I, pág. 358). Para evitar su sombra esterilizante nada mejor que contemplar la cantidad de efectos variados y lejanas consecuencias que pueden nacer de cualquier iniciativa humana, por pequeña que fuera.

#### IV. La política, realidad noble

En dos sentidos es la política objeto digno de ser parte esencial de una vocación seglar. Por un lado, en razón de su dignidad intrínseca, que le procura un lugar preeminente entre las ciencias prácticas. Si la jerarquía de las ciencias se establece en relación a la nobleza y perfección del objeto, hay que concluir con Santo Tomás que la política «es la principal de todas las ciencias prácticas y la que las dirige a todas, en cuanto que considera el fin perfecto y último de las cosas humanas» (*Comentario a la Política de Aristóteles*, prólogo). No en vano se ocupa, sigue el Aqu-

nate, «del bien común, que es mejor y más divino que el bien de los particulares» (*Ibid.*, lecc. 1.<sup>a</sup>, cap. 1.<sup>o</sup>, núm. 11).

Pero, por otro lado, la importancia de la política, y por tanto su concepción de objeto digno de llenar una vocación seglar, se encuentra reforzada por el dato —señalado por el mismo Doctor Común— de que lo social no procede sólo de la extravasación de lo individual, sino que la diferencia entre ambos órdenes es de «carácter formal» (*S. th.* II-II.<sup>a</sup>, q. LVIII, art. 7). Siendo fácil de entender la repercusión multiplicada que esa observación supone.

En mi trabajo al principio citado puede encontrarse, de todos modos, más concreción y mayor detenimiento en los problemas relacionados con esta temática. Sólo añadir que la verdad de esas afirmaciones no se ve desmentida por el hecho de que nos haya sido dado conocer la corrupción de tan noble actividad, y que, de resultas, se haya llenado de desprestigio el término. No había de escapar nuestro caso a la «ley» en que C. S. Lewis resumía la inclinación de los hombres a sustituir el sentido de las palabras éticamente famosas por su contrario: «Pon un nombre a una cualidad y pronto ese vocablo designará un defecto» (*Studies in words*. C.U.P., Cambridge, 1967, pág. 173).

## V. La política, fomentadora del espíritu de consagración propio de la vocación

Ofrezco a continuación algunas ideas religiosas recogidas de memorias escritas de políticos y de labios de algunos de ellos. Una vez ordenadas y sistematizadas creo que muestran cómo en la dedicación a la política se pueden encontrar un medio y unas ocasiones suficientes para dar apoyo a una vida espiritual del alto nivel que usualmente llamamos vocación.

Hemos preguntado, ya *in concreto*, si puede existir una vocación política. Para contestar, hemos imaginado un *retrato robot* de un hombre con esa vocación y, a fin de comprobar su autenticidad y viabilidad, le hemos dirigido una serie de preguntas,

le hemos sometido a una auditoría sobre los puntos clave para examinar su vocación. Las respuestas, afirmativas y codificadas, son las que siguen.

El espíritu religioso de consagración viene definido en la tradición eclesiástica tanto por las virtudes de pobreza, castidad y obediencia como por la coincidencia de las tres en una interrelación común y distinta, la *traditio*, que en lenguaje moderno denominaríamos «estilo».

#### a) *Pobreza*

Al empezar a hablar de la pobreza lo primero que hay que decir, lo que antes que nada hay que afrontar, es el derribo de la leyenda popular y maliciosa de que la política es un gran negocio; que los políticos son amasadores, más o menos encubiertos, de grandes fortunas.

Y hay, además, y por el contrario, que avisar a quienes indagaran acerca de su vocación política, que ésta no solamente no es un gran negocio, sino que es exactamente todo lo contrario, una inversión ruinosa. Claro está que las afirmaciones antecedentes se refieren a la generalidad del asunto, y no a casos excepcionales, para los que no se legisla ni formula nada.

En situaciones excepcionales, y durante un breve período de tiempo, unos ingresos ocasionales que perciba un político promovido a un cargo público podrán deslumbrar a personas de la misma —u otra— profesión, que no acaban de encontrar en el ejercicio de la misma una gran holgura económica. Pero el triunfante político admirará, a su vez, y quizá secretamente envidiará, a otros compañeros de profesión que, consagrándose por entero a su ejercicio, han alcanzado una estabilidad y una situación económica que ellos no lograron ni aun en el episodio fugaz consiguiente a su triunfo político.

En cuanto a la posesión del poder, que tantas veces se encarece como decisiva, quienes han conocido o fondo el porqué de la política, saben que, como su nombre indica, tiene más que ver

con la comunidad («polis») que con el poder («cratos»). Y que si tal conocimiento se ha difuminado hasta casi perderse es debido a la interpretación en términos privados y domésticos de lo público; a la contemplación económica de lo político; a la consideración del poder como si fuera un bien (Cfr. Miguel Herrero de Miñón: «Vocación política (I)», en *ABC* de 31 de agosto de 1984).

En contraste, vemos que las relaciones sociales mantenidas por el político le obligan a un rango, a una conducta y a un estilo de vida muy superiores a sus posibilidades económicas, y cuya voluntaria aceptación es un gran sacrificio: es el «peso de la púrpura».

Quien estudie el abrazar la vocación política debe ponderar lo que hasta aquí se ha dicho. No debe, de todos modos, tratarse la cuestión con el énfasis sofista que a veces ha acompañado a cierta literatura piadosa, presentando como sacrificios heroicos las renunciaciones voluntarias de la vida sacerdotal o religiosa. La situación económica del católico vocado a la política es una dura renuncia, sí. Pero está inscrita en una tabla de cuestiones que, por ser inseparables, se han de valorar global y no aisladamente. Del tratamiento conjunto salen menos sangrantes los sacrificios, porque van unidos a satisfacciones; de las que no es la menor la esperanza de la vida celestial. Al final se entiende cuán justas son las palabras del Maestro: «Mi yugo es suave» (*Mt.* 11, 30).

Pero la pobreza no es sólo desasimiento o ausencia de bienes, sino inseparable asociación a la mortificación y la humildad. Asegurada la primera, como trataré de explicar en el siguiente capítulo, de la segunda diré que está más vinculada a la pobreza de los políticos que a la de los religiosos, pues a éstos el pueblo cristiano los honra y los quiere; precisa y paradójicamente por su pobreza.

Otros tres puntos de meditación sobre la pobreza del político pueden ser esbozados:

1. El desorden de la vida, en función de factores ajenos y externos, obliga a renunciaciones constantes de pequeñas comodidades.
2. Las persecuciones, unas claras, objetivas y mensurables (multas, destierros y encarcelamientos); y otras sutiles e imprecisas, pero no menos reales, como dificultades y entorpecimientos en las actividades personales y aun de miembros de la familia, llevan inherentes quebrantos económicos muy vinculados a la ascética de la pobreza.
3. La aceptación permanente de situaciones de riesgo e incertidumbre, consustancial al quehacer político, es un ejercicio grande de desapego y liberación del espíritu de la afición a bienes concretos, es decir, si no de la pobreza real material, sí cuando menos de la pobreza de espíritu. La misma imprevisión con que se ejerce la actividad política lleva a que, al margen de organizaciones, el católico que la ejerce se vea a cada paso en el compromiso de sufragar o adelantar gastos sobre la marcha. Esta puede ser una de las secretas causas que hacen a tantas personas retraerse no ya de la propia actividad, sino aun de la mera aportación de horas de gestión.

#### b) *Castidad*

Poco hay que decir *stricto sensu* de la castidad. La castidad en las personas dedicadas a la política es la misma que en las dedicadas a otras actividades cuando son solteras.

Pero en las casadas hay que tener presente la incidencia en su matrimonio de los destierros más o menos formales y de los encarcelamientos.

Conviene subrayar, además, el cambio del papel desempeñado por la sexualidad en las conspiraciones. Hasta la época de la apa-

ración de la guerra psicológica intervenía como una cuestión personal o afectiva de los protagonistas. Su funcionamiento era muy sencillo: se cambiaban documentos militares por placeres sexuales; licencias de importación por simpatía patológica; a lo más, actitudes personales por amor. El esquema era tan simple y seguro como en la prostitución, sin más aditamentos o complicaciones ideológicas.

Después de la irrupción de la guerra psicológica, el factor sexual en las conspiraciones se carga de ideología. La operación se desdobra en dos fases: en la primera se cambia placer sexual, incluso amor, por ideología; en la segunda se desarrolla la ideología recién abrazada hacia su materialización en piezas concretas. En la primera hay que negociar la apertura de las puertas del alma a un caballo de Troya al que se le ve el portillo del abdomen, pero siempre es más fácil, más elegante y más prudente ofrecer, además de una correspondencia sexual, unas ideas, que pedir a quemarropa unos secretos militares o políticos. Ya vendrá después, en un segundo tiempo, con más naturalidad, su entrega suave, incluso quizás espontánea, nada humillante y hasta con las apariencias verosímiles del ennoblecimiento que se concede a todo servicio de una causa ideológica. El sexo tiende a abandonar su carácter de instrumento de extorsión para sustituirlo por el de champú para el lavado de cerebro. Conectadas con la castidad, en cambio, aparecen varias cuestiones que encierran un riquísimo contenido para el objeto de nuestro interés:

1. La primera es *la mujer y el político*. Se pueden contemplar dos escenas, tomadas, una del Evangelio y otra de la vida de los santos, que ilustran a la perfección la clase de papel de la mujer. En la primera vemos a la Virgen Dolorosa, de pie junto a la cruz de su Hijo, acompañada por María de Cleofás y María Magdalena, dando vida a la profecía que un día le hiciera el anciano Simeón. En la segunda —sacada de la película «Un hombre para la eternidad», preciosa biografía de Santo Tomás Moro—, aparecen en la celda de la Torre de Londres dos mujeres, su

mujer y su hija, que repiten intentos de disuadirle en el cumplimiento de su deber político y religioso. A eso han ido a verle, a jugar la última carta de la difícilísima pero no desesperada recuperación de su próspera posición social, que se ha hundido por la fidelidad de Sir Tomás a la Iglesia y, consecuentemente, por su oposición, hábil y matizada, al rey adúltero. No han ido a sostenerle y enardecerle en su lucha política y espiritual; en el mejor de los casos, han intentado quebrar el sentido magnífico de su vida, a hacerle renunciar a una muerte gloriosa. Quedan, pues, con estos ejemplos, señaladas dos clases de mujeres.

La influencia de la mujer —madre, esposa, hija, amiga— sobre el hombre en cuestiones políticas o relacionadas con ellas, es tan interesante como poco atendida, quizá por respeto a la intimidad y a la vida privada de los políticos, inaccesibles a una disección pública. Al conjuro de las disuasiones femeninas, ¡cuántas vocaciones políticas abandonadas, cuántas traicionadas, cuántas débiles o insuficientemente servidas! Y también, y por su apoyo, ¡cuántas perseverancias logradas!

De lo que se trata es de que las hijas de Eva pasen a ser devotas de María. Tema que —adecuadamente modernizado— deberá figurar ineludiblemente, el día en que al fin se hagan, en los tan necesarios cursillos para el fomento y cultivo de vocaciones políticas. Porque la Cristiandad tiene pendiente la «reconversión» de la mujer católica culta desde su papel en la guerra clásica de confeccionar prendas de abrigo y atender a los heridos a su integración en Estados mayores y otros órganos de trabajo intelectual. Lo ha señalado recientemente con agudeza nuestro amigo Manuel de Santa Cruz en la necrológica de la querida Carmela Gamba (Cfr. en *Verbo*, núm. 229-230 [1984], página 1119).

Aunque no voy a entrar en él, por de pronto en su tratamiento se puede extrapolar un dato valioso del Evangelio, que explica la actitud de la Santísima Virgen. Cuenta San Lucas a propósito de la pérdida y hallazgo del Niño Jesús en el templo: «Y sus padres, al verle, quedaron sorprendidos; y le dijo su madre: "Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu



padre y yo, apenados, andábamos buscándote". Y El les dijo: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?» "Y su madre conservaba todo esto en su corazón"» (Lc. 2, 48-51). Este aviso guardado en el corazón de la Virgen fue después siendo gradualmente comprendido hasta culminar su conocimiento al pie de la cruz.

Algo análogo se puede proponer a los jóvenes con vocación política. Que desde el principio dejen las cosas claras a sus futuras novias, aunque éstas, de momento, no puedan entender o tener vivencia del aviso en toda su magnitud. Que al igual que la mocita de Toledo o de Zaragoza se pone en relaciones con el cadete de las Academias militares sabiendo desde el primer día que se compromete a aceptar el sacrificio de ver partir a su marido a la guerra, así también la novia del joven con vocación política sepa que es posible que algún día deba llevarle la comida a la cárcel.

Ambos darán la más sólida base a su matrimonio, no sólo en el orden religioso, sino aun en el natural, si queda firme en su base la aceptación de la advertencia del Señor: «Quien ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt. 10, 37).

2. Materia distinta de la castidad, pero también vecina de ella —por lo que tradicionalmente se aborda a continuación—, es la *educación de la afectividad*. La ordenación de toda la afectividad solamente a Dios es una actitud propia de niveles altos en la vida espiritual. El ejercicio de la política con carácter vocacional es un excelente estímulo para esforzarse en alcanzar esa ordenación. Porque el político dispone y dirige a personas con escasa sujeción a reglamentos, de una manera muy libre y artística, como no se da ni en el mando laboral ni en el militar. Tiene frecuentes tentaciones de dejarse llevar de predilecciones, simpatías y antipatías en lugar de datos objetivos ajenos a su persona y a las de los que gobiernan. Caer en esas tentaciones es ir al favoritismo, al nepotismo, que es una corrupción y una infidelidad grave a su vocación. Saber mantener una independencia de criterio y una recta ordenación de su afectividad, sin acepción

de personas, es, a la vez que rasgo de buen mandar, ejercicio ascético tan excelente como a veces inadvertido.

Esto nos lleva a estudiar la «identificación» en política, y su dependencia ya de la *confianza* o de la *eficacia*. Uno de los conceptos que debemos renovar en nuestro acervo de tácticas y experiencias es el de la confianza. El debate se centra en torno a si la confianza es la única, o casi única, o la predominante medida de seguridad; o si, por el contrario, debe ocupar un lugar más modesto, menos preeminente, rodeada de otros numerosos controles que la sobrepasan. No se trata tanto de desestimar la confianza como de reducirla a sus justos límites.

En nuestros medios políticos la confianza al uso ha brotado, tanto como de grandes servicios, de una oscura impresión antropológica de pertenecer al mismo grupo humano; más del talante o de la simpatía, que de la capacidad de trabajo; más de lo intuitivo que de lo controlable. El adulador, el que resulta cómodo, el que no crea problemas, el «yesman», ha sido premiado con la concesión de confianza, aunque no ofreciera cosas más sustanciales; es frecuente verle suplir y disimular su inoperancia con la externa lealtad de sus buenos modales. En cambio, al que hace cosas importantes para la causa, al más fiel al espíritu que a la letra, se le levanta un cerco de recelo, y las pequeñas fricciones inevitables en la acción se sobrevaloran hasta «privarle de toda confianza».

Cuando un equipo está en vía muerta y no sabe qué hacer, cuando no se avanza nada, la habitual inoperancia de algunos se disimula mejor y los pequeños errores de ejecución se usan para distraer la atención de los verdaderos y grandes problemas.

Se ha dicho que la política se tecnifica. Aun permaneciendo esencialmente un arte —«prudencia política»— evoluciona de manera algo parecida a la medicina: ésta se esfuerza por objetivar los diagnósticos con radiografías y análisis que han barrido a los viejos prestigios locales de «gran ojo clínico». Hay que tecnificar el contraespionaje político, haciendo descansar la credencial para sentarse en un *staff* político en la obediencia, en la eficacia, en la precisión, en el cumplimiento. La seguridad y eficacia

de ese *staff* radica en la fragmentación de su trabajo y en la dislocación hábil de esos fragmentos, de tal manera que pueda poner en juego y servirse de muchas personas recién incorporadas, que no inspiran aún confianza, pero tampoco podrán traicionar porque no pueden interpretar lo que hacen o no pueden utilizar sus interpretaciones.

3. Entre la pobreza y la castidad está la *penitencia corporal*, columna importantísima de la ascética cristiana, que no es preciso explicar ni encarecer. A veces visiblemente vinculada a una vida austera, y otras perfectamente compatible y realmente coincidente con una vida en apariencia regalada e incluso fastuosa. La literatura cristiana está muy poblada de narraciones reales de esta coincidencia, de historias de santos de elevada condición social que bajo ricos trajes y uniformes escondían cilicios.

Traeré aquí la versión contemporánea de esta coincidencia de fiestas de gala y cansancio físico. Nos la ofrece el prestigioso diplomático español José María Doussinague, director general de política exterior en los años de la Segunda Guerra Mundial. Observa —en su libro *España tenía razón*— que, así como los obreros manuales más humildes creen que los oficinistas no trabajan, que eso no es trabajar, así, éstos creen, a su vez, que tampoco trabaja el diplomático que está bailando en gran salón después de una cena de gala. Y, sin embargo, su cuerpo padece fatiga y preferiría estar en su casa, relajado y en reposo.

No faltan, ciertamente, al político ocasiones de castigar su cuerpo con la fatiga. Tanto es así, que una de las condiciones más apremiantemente requeridas por esta actividad política es que sus protagonistas tengan una gran resistencia física.

### c) *Obediencia*

Esta virtud es la más difícil de aquilatar en la fórmula de la espiritualidad del político católico. Hay una dificultad antropológica: las características del trabajo que realizan van depurando

los contingentes primeros de advenedizos y sólo pasan a un segundo escalón hombres bastante homogéneos que, en lo tocante a la disciplina, se podrían llamar «sui iuris»; es decir, que no admiten más que la propia ley. Acostumbrados al riesgo, a la iniciativa y a la responsabilidad, la obediencia ciega y minuciosa les va mal.

Los nuevos criterios eclesiásticos de suavizar la obediencia mediante cierta moderación en el ejercicio de la autoridad, la colegialidad y un mayor cuidado y respeto a la *recta conciencia*, parecen adecuados a la necesidad que, en un orden meramente técnico, tiene el político de descentralizar la obediencia para prevenir sabotajes, traiciones e incomprensiones en y desde la cumbre.

En cualquier caso, hablar de obediencia es difícil hasta que se reelabore su doctrina a la vista de lo sucedido en la gran crisis del Concilio Vaticano II. Hasta los niveles medio y popular ha llegado la visión de que muchas veces la voz de la jerarquía, y de los superiores en general, no es siempre la voz de Dios —como clásicamente se enseñaba— sino reflejo de otros espíritus. Y se ha visto el papel que la obediencia ha tenido en la rápida extensión de numerosos errores.

Con estas salvedades, bueno es meditar sobre la obediencia, con dos puntos de apoyo: obediencia ejercitada en forma de fidelidad —de una parte— a la propia vocación; y, de otra, el compromiso político establecido con los compañeros de equipo y con la base.

No solamente se ejercita la obediencia cuando se hace la voluntad de otra persona, sino también cuando se es fiel a la propia vocación, conocida, aceptada y ofrecida o consagrada. Aquí es conveniente recordar que estamos discurriendo acerca del político católico, que no es un católico asomado esporádicamente a la política, sino un católico que ha recibido de Dios la invitación de servirle en la política y la ha aceptado cerrando un compromiso.

Una vez enunciada la propia vocación, su servicio y seguimiento necesitan de la práctica de la obediencia, no necesariamente a otra persona, sino a ella misma, a las razones e inspiraciones que llaman a cultivarla y a mantenerla pura y libre de

desviaciones. Razones e inspiraciones cuya aceptación y cumplimiento exigen con frecuencia el mismo violentarse física y psíquicamente que la obediencia por antonomasia. Y, contrariamente, hay que desobedecer a las razones y sentimientos que nos quieren distraer del servicio a la vocación o desnaturalizarla.

El mismo respeto y servicio exige el enunciado colectivo de esa vocación política, que es el programa —electoral o no— del partido o de otra forma de asociación. El seguimiento de las razones e inspiraciones que invitan a cultivar, servir y mantener la pureza de lo pactado con otras personas, puede exigir sacrificios análogos y actitudes psicológicas semejantes a los de la obediencia en su formulación clásica, y de no menor virtud santificadora.

De donde se induce que, en la vocación política, se puede encontrar el ejercicio de ese tercer elemento de la vocación religiosa que es la obediencia.

Ligadas con la modulación de la doctrina de la obediencia podemos hacer unas reflexiones sobre la *dirección espiritual y el espionaje*. Porque toda persona que mande, a cualquier nivel, precisa de un servicio de información, siquiera sea de artesanía. También en la industria y en el comercio, aunque sea en la milicia y en la política donde funcionan en grado eminente. De los servicios de información se ha dicho que son los ojos del mando, y que, cuando no existen, lo primero que hay que hacer es crearlos: sólo un aventurero emprendería una acción sin preocuparse del conocimiento de la situación.

La filosofía toca de cerca estas reflexiones. Según sabemos, la verdad es lo que es y, al decir de Machado, «sigue siendo verdad aunque se piense al revés»; por ello, son innumerables los desastres en todos los órdenes que tienen por fuente común la subjetivización de la verdad. Apareciendo como muy importante la recuperación de esa objetividad perdida con el acúmulo de noticias y pruebas exteriores a nosotros que la respalden y garanticen.

En esta tarea de dar seguridad y basamento firme a las primeras intuiciones de los jefes, han trabajado los servicios de in-

formación —desde los más rudimentarios a los más depurados— desde la antigüedad. Uno de los principios básicos que dichos servicios aplican se puede enunciar diciendo que se ha de contar, para el mismo asunto, con varios informadores que se desconocen entre sí, para subsanar los posibles errores voluntarios o involuntarios de cada uno de ellos.

Aplicado lo anterior a la vida espiritual y, en concreto, a la dirección espiritual —que, no lo olvidemos, es el instrumento adecuado para desobjetivizar el conocimiento de la situación espiritual propia, y para corregirla y llevarla a la objetiva verdad—, concluimos, con lenguaje político y militar, que el informante ya no ofrece seguridad: ¡cuántos sacerdotes no nos inspiran confianza!

¿Habrà por ello que renunciar a la información? De ninguna manera. Lo que hay que hacer es multiplicar los servicios de información y pedirles verificación de lo que nos transmiten. Consultar cada uno de nuestros problemas con varios sacerdotes y pedirles los argumentos y pruebas en que basen sus consejos. Cautela imprescindible en el mundo de la crisis de la obediencia.

#### d) *Estilo*

Saint-Exupery, con la lucidez intimista que ha descrito entre nosotros como nadie Rafael Gamba, afirmó que la civilización no reposa sobre las cosas, sino sobre los lazos invisibles que las anudan («Carta al General X», en *Obras Completas*, Plaza & Janés, Barcelona, 1967, pág. 1281). Algo así pasa con el *estilo*, que es un bien invisible. En la tradición eclesiástica la vocación no resulta de un conjunto de virtudes yuxtapuestas. No reposa tanto sobre la pobreza, castidad y obediencia como en una sutil atadura; lo importante no son los sillares, sino la argamasa. De modo parecido a como los carismas exceden de lo jurídico —y no se entienda aquí un desprecio de lo que es necesario—, o la amistad sobrepasa las normas, hay un factor oculto en la anamotomía de la vocación: un factor que no es expresable en términos

exclusivamente racionales y que, aún más, viene a plasmar la crisis —por otro lado afortunada y enriquecedora— del racionalismo.

Una dimensión de coherencia y unificación que es cada vez más difícil de hallar en nuestro mundo, que es sistemáticamente violada por nuestros hermanos. Chesterton ha dedicado páginas definitivas al respecto: las «virtudes cristianas» —y no sólo ideas, como inexactamente se suele transcribir— que pueblan el mundo moderno enloquecidas, si por algo claman es por la integración, por la conjunción (*Orthodoxy*, vers. castellana de A. Reyes, *Obras Completas*, Plaza & Janés, Barcelona, 1967, tomo I, págs. 522 y sigs.).

Este estilo, a veces escurridizo, otras inaprehensible, manifiesta la vocación. Porque muchas personas están dispuestas a servir con lealtad y fidelidad ideas determinadas desde puestos remunerados de la administración y de la política, y a las horas de oficina. Pero fuera de esas horas, y al cesar en los cargos, no hacen nada; aplazan su aportación hasta ser designados para una nueva situación remunerada. Cumplen con su deber, estrictamente.

La verdadera consagración —vocación— se presenta de otro porte. Se ejerce el servicio a las ideas también fuera del horario laboral y de los despachos oficiales. Y, aunque de otra manera, cuando no se tienen cargos remunerados ni espetanza alguna de alcanzarlos. Porque la vocación es el deber con un halo de enamoramiento, una «pasión de amor» en opinión de Marañón (*Vocación y ética*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981, pág. 19). Ese suplemento amoroso característico la hace alienadora y, luego, devoradora. No conoce de descanso o limitaciones; es una entrega total no condicionada por las circunstancias, sino en lucha constante con éstas. Casi podría decirse que una de las señales más inequívocas de traición a la vocación es excusar los propios cambios de criterio o actitud como exigidos por las circunstancias: el cambio obedecería a razones y exigencias «tácticas». Por eso no estará de más subrayar cuál es el elevado precio que cuesta esa táctica.

Conforme con la tradición de Clausewitz se denomina táctica el empleo de los hombres y los medios en el campo de batalla, y, por extensión a lo que ahora nos ocupa, la propaganda de ideas y el uso de argumentos en las lizas y confrontaciones políticas. Pero la táctica, en el sentido peyorativo apuntado, consistiría en hacer una traición con la promesa de contrarrestar sus efectos más adelante con otra mayor de signo contrario. La primera dejación es el exponer ideas contrapuestas con las del acervo que posee, desarrolla y transmite el propio equipo político, con la intención implícita de hacerlas realidad en el futuro. Cuando éste llegue, se cometerá la segunda traición, esta vez a otras personas ajenas al propio equipo, que será implantar las ideas de éste en lugar de las anunciadas y convenidas en su actuación.

No sé qué juicio moral podrá amparar tales maniobras («non sunt faciendae mala ut eveniant bona»), pero lo que más interesa aquí no son tanto los aspectos morales y racionales del método como el desastre psicológico y educativo que lleva consigo, incluso en el caso de que —superando su fragilidad— se desarrolle hasta el final. La autoexculpación, en cambio, brota espontánea. Ya Pieter Van der Meer de Walcheren decía que «casi todos los hombres tienen una filosofía de la vida que adaptan perfectamente a su propio temperamento y carácter, de forma que ¡para cada acción equivocada tienen preparado un argumento que la justifique!» (*Nostalgia de Dios*, Lohlé, Buenos Aires, 1955, pág. 62).

Y es que la política, con ser importantísima, no se debe sobrevalorar. Por encima se hallan una cultura y una civilización que la inspiran y sancionan, que son más estables y aun respetables que ella, y más influyentes también sobre el individuo y la sociedad. No se pueden, pues, lesionar en beneficio de la política y menos aún de una ocasional maniobra política.

Dos heridas graves pueden inferirse, además, en los ciudadanos por virtud de las contradicciones de la mal llamada «táctica política». Una es la difusión de ideas falsas, que campean incontrolable y libremente durante un tracto de tiempo que no tiende a ser breve. Otra es que, así planteada, se convierte en



causa de inhibición, pues favorece la trasposición que —pasando de lo particular a lo general— abona finalmente la creencia de que la política es en sí ininteligible y algo turbia.

Ambas lesiones producen efectos nocivos sobre la educación política y, a la postre, generan graves obstáculos para el reclutamiento de auténticas vocaciones de servicio al bien común.

Se trata de olvidarse de cualquier clase de maquiavelismos o posibilismos y apostar por la generosidad. «Hilarem datorem diligit Deus», Dios ama al que da con alegría, palabras perfectamente aplicables a una lucha de intereses espirituales y que aciertan a sintetizar un «estilo».

## VI. Algunas meditaciones para políticos: hacia una espiritualidad propia

Lo que sigue no es un grueso apéndice forzosamente encajado en el *corpus* que estamos elaborando. Sino que es contenido propio, sustancia íntima, pieza sin la que el puzzle quedaría incompleto.

La vocación supone una espiritualidad propia. Tal especificidad se observa en pequeños detalles, en algunas discretas mortificaciones.

Estas meditaciones vienen a precisar, no por las líneas maestras —como el anterior epígrafe—, sino por los detalles ornamentales, la auténtica fachada del edificio. Vienen a poner un punto de barroquismo a la simplicidad austera de lo clásico. A completar los rasgos del retrato-robot del combatiente político, que según la declaración inicial aspiraba a trazar.

### a) *El trabajo en equipo y las alianzas*

La convivencia, íntima y a veces muy prolongada, con otros luchadores con aristas de bohemios, exige, entre otras cosas, una gran capacidad de mortificación y caridad.

El trabajo en equipo remite al tema de la «identificación», ya tratado, y al de las alianzas. Estas, por su parte, son ocasión principalísima de mortificación para el político, que debe evitar tanto las únicamente defensivas como las que tienen su origen en el amor propio. Veamos.

Los planteamientos «anti», aunque apreciables y eficaces, son defectuosos. Su vicio, notable ya en teoría, pero en la práctica más peligroso, es que presenta como primer objetivo el que en realidad debería ocupar un segundo lugar. Con lo cual se tiende a ignorar y descuidar el primero, con la consecuencia en el orden práctico de la muerte por congelación de la acción política.

Además de la acción defensiva —que amén de imprescindible delimita por contraste la propia esencia— hay que tener presente una acción positiva o constructiva. Ya Santo Tomás subrayó este orden de ideas al señalar que el método correcto de crecer el alma en el amor de Dios no es precisamente la lucha contra el mal, sino la directa contemplación en la oración y la recepción de los sacramentos. Tesis exhumada y difundida en nuestros días por el cardenal Danielou (*L'oraison problème politique*, Fayard, París, 1965). Hay que saber combatir sin que se seque nuestro espíritu, sin inutilizarse para colaborar en el enriquecimiento y perfeccionamiento de nuestra civilización católica.

Por lo que respecta al amor propio, una buena parte de nuestros pecados, y aun de nuestros errores, tienen en él su origen. Esta realidad, patente en nuestro fuero interno, se puede trasladar sin violencia a la política. Un viejo consejo dice que en ella hay que tener el corazón caliente y la cabeza fría. Muchos errores políticos se han debido al amor propio de un dirigente o de un grupo; no conviene, pues, herir el de nadie, porque los errores, aunque los cometa el enemigo, dañan siempre el bien común.

También en lo militar. Cuentan que el Duque de Alba tuvo en un momento de la campaña de Flandes a sus tropas inactivas más tiempo del habitual. Estas, impacientes y ávidas de botín, se alborotaron y le fueron a pedir guerra. A lo que el Duque contestó: «Los soldados deben estar dispuestos a combatir siempre, y los jefes sólo cuando les conviene». Esta frase, que se ha

hecho clásica en la conducción de la guerra, debe presidir también la política.

El hecho es de especial relevancia en materia de alianzas, que muchas veces han tenido por causa no una decisión política razonada y razonable, sino el amor propio herido. En la, por otra parte, limpísima historia del Carlismo se encuentran ejemplos suficientemente aleccionadores: votos a la República por derrocar a don Alfonso; coligaciones que favorecieron la ruina del orden social...

La norma moral, por encima de pasiones y resentimientos, es la que tuvo que recordar el cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de San Pío X, al cardenal Aguirre, Primado de las Españas, en las famosas «Normas para los católicos españoles» (1910). Después de exhortar en la primera de ellas a defender la unidad católica y a combatir las libertades de perdición del «derecho nuevo», dicen al final del punto undécimo: «Cooperar con la propia conducta o con la propia abstención a la ruina del orden social con la esperanza de que nazca de tal catástrofe una condición de cosas mejor, sería actitud reprobable que, por sus fatales efectos, se reduciría casi a traición para con la Religión y con la Patria».

No hace falta ser experto moralista para entender la firmeza con que esta norma está asentada en la moral católica. Siempre se ha enseñado que, si con un pecado se pudiera salvar al mundo, no sería lícito cometerlo. Justo lo contrario del método marxista, siempre ocupado en explotar las contradicciones y avivar las discordias. El político católico es sembrador de paz y tiene entre sus primeros postulados el no por muy citado menos sugerente del Conde de Maistre: «la contrarrevolución no será una Revolución contraria, sino lo contrario de la Revolución» (*Consideraciones sobre Francia*, vers. castellana de Carmela G. de Gamba, Rialp, Madrid, 1955, pág. 234).

Quizá se pueda pensar que lo escrito empuja al conformismo. Sólo para planteamientos elementales. Para quienes profundicen más no es sino un acicate a su inteligencia, para que la apliquen a la manera de adelantar sus concepciones fuera de alianzas fá-

ciles pero catastróficas que, en el fondo, no tienen más base común que el amor propio herido.

b) *La definición y las decisiones*

Dentro de la espiritualidad del político desempeña un papel notable. Hacer política es tomar decisiones y las decisiones nos apremian urgiéndonos a optar. Así, aunque hoy —por falta de vergüenza o por puro nominalismo— esté de moda la indefinición y sea objeto de práctica casi general.

Chesterton lo puso en solfa en un párrafo admirable: «El cerebro humano es una máquina para llegar a conclusiones; si no puede llegar a ellas es porque está mohoso. Cuando se nos habla de que un hombre es demasiado listo para creer, se nos está hablando de algo que tiene casi el carácter de contradicción en las propias palabras [...]. A medida que apila doctrina sobre doctrina y conclusión sobre conclusión para formar algún proyecto tremendo de filosofía y religión, se va convirtiendo en más y más humano, en el único verdadero sentido que puede darse a la frase. Cuando en un refinado escepticismo abandona una doctrina tras otra, cuando se niega a adherirse a un sistema, cuando dice que posee definiciones sentadas, cuando afirma que no cree en una finalidad, cuando ante su propia imaginación, posa como Dios, no sosteniendo forma ni credo, pero divagando sobre todos, entonces, por ese mismo proceso, se va hundiendo lentamente hacia atrás en la indeterminación de los animales errantes y en la inconsciencia del campo. Los árboles no alientan dogmas. Los nabos son singularmente tolerantes» (*Heretics*, vers. castellana de M. J. Barroso, en *Obras*, Plaza & Janés, Barcelona, 1967, tomo I, pág. 478-9).

La definición tan ponderada por Chesterton se hace efectiva, día tras día, en decisiones. El conocido fenómeno de la aceleración de la vida se manifiesta también en la política como un aumento en la velocidad de sus acciones y réplicas; esta mayor velocidad reduce el tiempo disponible para decidir hasta límites

angustiosos. Aumenta el número de situaciones en que decisiones graves se tienen que tomar en tiempos breves, lo cual hace del mando una actividad más heroica y también, a veces, más trágica. Porque la decisión es ineludible: no decidirse es también una decisión de valor configurativo y trascendencia semejante al de la afirmación rotunda. La acción y la omisión están asociadas inseparablemente. Una decisión grave, pues, requiere una gran energía psicológica, que sólo puede ser proporcionada por una apasionada voluntad de vencer.

Es conocida la importancia de la rapidez en la conclusión de los negocios; las jugadas de Bolsa son su mejor ejemplo: la fortuna de los Rostchild se inició por la anticipación en la transmisión, inteligentemente falseada, del resultado de la batalla de Waterloo.

En política se hace más evidente y comprensible cuando el conjunto de la situación se acelera al máximo, como sucede en los golpes de Estado. Siempre hay conjurados que pierden el control de los hechos por indecisión. No tardan en comprender que aquél no decidirse tuvo una trascendencia de signo contrario, pero de igual magnitud que la decisión. Y entonces tratan de recuperar la influencia sobre los acontecimientos intentando ejecutar las decisiones que poco antes eludieron. Pero ya suele ser tarde.

Algunos coroneles que el 18 de julio, por la mañana, no se resolvieron a declarar el estado de guerra, se encontraron el día 22 sumergidos en una marea de milicianos que decidieron, al fin, angustiosamente, controlar. Ya no era posible: a nadie interesaban los servicios de los coroneles del 22 de julio.

En la religión la importancia de la decisión no es menor, e incluso, en un estudio de la actual crisis de la Iglesia, habría que dedicar un capítulo al tema. San Agustín abordó el tema de las ocasiones perdidas con la frase «Timeo Deum transeuntem», temo al Señor que pasa, y que no vuelve a dar otra oportunidad.

c) *La espiritualidad de las «cosas grandes»*

Un tercer gran tema es el de las «cosas pequeñas» y las «cosas grandes» y su relación aparentemente inversa en un orden psicológico.

La vida del político es desordenada y el curso de su pensamiento distraído frecuentemente por cuestiones variadas. Además no está mentalizado para atender cosas pequeñas, se dedica a cosas grandes e importantes. Son tres circunstancias que dificultan una espiritualidad centrada en la perfección de los pequeños detalles de la rutina diaria.

Pero, en cambio, su talante le facilita a tomar decisiones heroicas que le comprometen globalmente. Ayuda a la comprensión de esta espiritualidad la comparación clásica entre calor y temperatura. El calor es una cantidad y la temperatura el nivel de ese calor. Una cerilla tiene mucha temperatura y poco calor. Un depósito de agua templada tiene poca temperatura y mucho calor. En la espiritualidad del político, en el desarrollo de su vocación, vemos un contraste parecido. No es perfeccionista en sus detalles ascéticos y espirituales, pero a lo largo del tiempo tiene varias ocasiones de hacer actos perfectos de caridad.

Sin embargo, de la misma fuente del Evangelio ha brotado sobre toda la historia de la Iglesia la recomendación de ser fieles y exigentes en el servicio de Dios en torno de las cosas pequeñas. Los santos lo han estimado mucho y es tema presente en todo los libros de espiritualidad: «Bien, siervo bueno y fiel; en pocas cosas fuiste fiel, sobre muchas te pondré: entra en el gozo de tu Señor» (Mt. 25, 21). ¿Cómo salvar la aparente contradicción?

En este y otros textos del Evangelio parece como si el destino del hombre fuera hacer u ocuparse de cosas grandes, a las que habrá de llegar por la vía de la dedicación y perfección en las cosas pequeñas. De resultas, serían éstas como la prueba o preparación para más altas empresas, y, a su vez, éstas resultarían el premio de aquéllas.

Hay que desacreditar, por tanto, la versión simplista de despreciar lo contrario de lo que se quiere ensalzar; en este caso, de olvidarse de grandes empresas en nombre de la santificación en las cosas pequeñas.

Hay que predicar no sólo la compatibilidad de los esfuerzos pequeños con los grandes, sino su solidaridad. Más aún, hacer notar lo llamativo y sospechoso de que tanta supuesta santidad pequeña no haya tenido algún asomo a cosas notables.

Los políticos, a costa de relegar a veces la humildad, pueden encontrar impulsos para su santificación en la virtud que inclina a acometer obras grandes: en la magnanimidad (Cfr. A. Royo Marín O. P.: *Teología de la perfección cristiana*, BAC, Madrid, 1954, pág. 547).

#### d) *La soledad*

No podía faltar, por breve que haya de ser, su consideración en un catálogo de los problemas que suscita la espiritualidad de la vocación política.

La Escritura avisa: «Non in commotione Dominus». No se halla a Dios en el tráfico, sino en el apartamiento. No hay vida espiritual sin soledad voluntaria.

La soledad es la ausencia o restricción de la comunicación afectiva con otras personas, que se produce por su distanciamiento físico (aislamiento), pero también de otras formas. El aislamiento produce soledad, pero no es verdad que el acompañamiento siempre la suprima. Ya se ha explicado suficientemente el fenómeno de la soledad de dos en compañía. La afectividad sólo se dirige hacia Dios cuando esa interrupción de su cauce habitual hacia otras personas o cosas la embalsa y eleva a un cierto grado. Cuanto más solo, mejor dispuesto para el amor de Dios.

A una distancia suficientemente corta para interesarnos, discurre, paralelamente en un orden natural, la afectividad del político. También él necesita, como el hombre religioso, cortar o

al menos estrechar los cauces de la afectividad, para hacerla subir a un nivel desde el que pueda canalizarla al servicio de unos ideales. Pocos hombres están más solos y al mismo tiempo menos aislados —más rodeados de gente— que los políticos en las dos etapas de su carrera, conspiración y posesión y ejercicio del poder. En ambas situaciones su función es mandar y, para desempeñarla bien, su razón no puede admitir la compañía de otra afectividad que la del deber y del servicio. Es un duro pero ineludible deporte político estar constantemente cortando las amarras afectivas que cual incansables arañas renuevan alrededor del jefe sus colaboradores; las cuales son, por otra parte, valiosísimas para descansar en el combate.

El político que está ejercitando diariamente este control de su afectividad y que tiene probablemente para el mismo una predisposición natural de carácter, luego perfeccionada, debería considerar los beneficios y posibilidades que para su vida espiritual tiene el orientar esa afectividad tan disciplinada hacia la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. El político disfruta de un observatorio extraordinariamente bueno para comprender cómo N. S. Jesucristo, que tuvo misericordia de las masas, padeció en su Sagrado Corazón la ingratitud de las mismas. Pues también la dedicación política nace de un amor al prójimo a escala social, de él se sostiene y recibe en compensación un efluvio de ingratitudes e incomprensiones.

e) *El «corte de las comunicaciones»*

Es un caso interesante de la mortificadora restricción de la afectividad de los políticos.

El lenguaje es insuficiente para expresar el pensamiento con absoluta fidelidad. Pero se le han concedido al hombre instrumentos correctores de este defecto: la intuición, el sentido común y otros complementos de la expresión como la mímica y el tono de voz.

Cada persona o instrumento de transmisión de una idea, o de



la voluntad de realizarla, las desfigura así mismo de un modo variable, aunque puede también, por el contrario, corregir desviaciones originadas por otros intermediarios. San Ignacio conocía por su cuenta, mucho antes que los sociólogos modernos, este desgaste producido por los medios de comunicación y recomendaba para subsanarlo confiar en «el hombre del lugar».

Cuando los mecanismos de transmisión —o burocráticos—, interpuestos entre el hombre del lugar y la lejana central de que provienen las órdenes, son muchos, o parasitados por el enemigo, uno de los medios de evitar el deterioro que ocasionan en las ideas y órdenes es cortar las comunicaciones.

Las más diversas escuelas de mandos para asuntos variadísimos coinciden en crear en sus alumnos una mentalidad única que les permita proceder de manera armónica aun cuando estén incomunicados. Contrariamente a lo que se cree, las comunicaciones no son siempre un factor de perfección; pueden ser también un factor negativo, perjudicial, un vehículo de confusión.

Por esto, cortar las comunicaciones no es necesariamente un acto desleal; tanto menos cuanto se disponga de una mayor unidad de criterios previa que permita suplirla. En religión, esta concordia anterior es más amplia y firme que en cualquier otra materia. También se puede dar en política, pero en grados muy inferiores.

Decidir con base en criterios previos y comunes, eludiendo la ganga de unas comunicaciones en las que el pensamiento se desfigura y las responsabilidades se diluyen, puede ser un gran acierto. Don Valeriano Weyler, con su actuación en los episodios revolucionarios que precedieron a la Semana Trágica, nos da un ejemplo notable. Una potencia extranjera trataba de entorpecer la expansión española en Marruecos perturbando el orden público en Barcelona mediante una agitación anarquista teledirigida. Weyler, capitán general a la sazón de Cataluña, comprendiendo que no podía perder el tiempo en consultas con Madrid de las que no obtenía sino ambigüedad como respuesta, mandó él mismo cortar sus comunicaciones con la Corte, declaró el estado de guerra y sofocó rápidamente la revuelta.

Ahora bien, el actuar de esta manera exige un completo auto-dominio y una severa restricción de los propios afectos, así como un perfecto ejercicio de la soledad.

f) *La ascética de la discreción*

También se halla muy desarrollada en la espiritualidad del político. La curiosidad, el deseo de saber, el placer y la vanidad que ambos proporcionan, están en el mismo comienzo del hombre, quizá ya cuando Eva se acerca al fruto prohibido en el Paraíso. Están presentes en muchas actividades humanas, en ciertos juegos y en la política, que también es para muchos un placer lúdico.

El político siente más que otros el deseo de saber cosas que se están desarrollando en niveles superiores al habitual. Siente satisfacción por ese conocimiento que muchos quisieran tener y no pueden. Siente la tentación —de vanidad— de contar esas cosas y mostrar afecto al hacerlo: «el secreto quema».

Además, el político se ve enredado en cuestiones oscuras que a veces le colocan en situaciones incómodas o en auténticos entredichos para su honor, y que él podría disipar con una breve explicación. Explicación que podría dar, pero... que no debe. El político «queda mal» con muchas personas, constantemente, por no poder dar explicaciones.

Sobre estos hechos y situaciones se proyecta la ascética de la curiosidad y de la comunicación humanas. A la tentación de saber más de lo necesario para el propio trabajo y objetivo, se contrapone la «rectitud de intención», que es uno de los grandes temas de la ascética. Se deberá meditar que no se ocupa un puesto para recrearse o divertirse sabiendo cosas inaccesibles para otros, sino para servir dentro de un orden. También producirá abundantes frutos espirituales tal meditación para los casos de comunicación de secretos, ya por vanidad, ya por afectividad.

Para todas las tentaciones de indiscreción —revelar cosas que no se deben para disipar situaciones incómodas o salvar nuestro

honor comprometido sin culpa— es muy conveniente la devoción a San José. San José puede ser uno de los patronos de los políticos, no solamente por serlo ya de la Iglesia Universal que tantos y tan importantes intereses tiene en política, sino porque todos los teólogos insisten especialmente en la discreción que guardó ante la concepción de Jesús, que comprometía aparentemente su honor. Y cuando el ángel le reveló lo ocurrido, no divulgó la explicación a sus convecinos de Nazaret, sino que practicó la ascética del silencio. También San Juan Nepomuceno, como se negara a revelar al Emperador Wenceslao la confesión de su esposa, fue ahogado en el río por orden del soberano.

## VII. Necesitamos muchas vocaciones políticas

Cuando vamos a una tienda a comprar un regalo lo primero que necesitamos saber es cuánto queremos o podemos gastarnos. Algo parecido ocurre cuando se va a escoger la manera de organizar políticamente una masa humana. De las primeras cosas que hay que saber es el número de personas con capacidad para dirigir que hay en ella disponibles. Si no se ven en su seno quienes den señales de vida política sana, o solamente muy pocos, entonces podemos calcular que está condenada a la dictadura. Si no tiene capacidad propia para organizarse naturalmente, habrá que organizarla artificialmente. Cuando faltan las vocaciones políticas, no hay otra solución —aparte de crearlas— que poner en las manos de los pocos capacitados, y si estos son muy pocos, hasta en las de algunos incapacitados, una gran cantidad de asuntos. Este es uno de los posibles orígenes de las dictaduras. Las cuales, viendo claramente este mecanismo al que deben, entre otros, la vida, tratan de asegurarlo evitando la formación de dirigentes, con lo cual se cierra y establece un círculo vicioso.

En el extremo opuesto se dan las circunstancias que permiten a la masa configurarse en una sociedad de estilo tradicional, y que ésta tenga vida lozana. La primera es que haya un gran número de personas que comprendan el sentido del servicio a la

sociedad, que tengan una vocación política esmeradamente cultivada hasta para los más modestos cometidos.

Esto último enlaza con el hecho de que, en nuestros días, quizá se vea difícil acometer grandes empresas políticas por los católicos ortodoxos. En ocasiones habrá que quitar de nuestra mente tan grandes pretensiones. Pues basta con hacer «algo».

Jesús exige previamente una aportación humana mínima, siquiera simbólica. Serán las hidrias de agua en las bodas de Caná (Jn. 2, 6-11); serán los panes y los peces en las multiplicaciones milagrosas (Jn. 6, 1-15, y Mt. 15, 32-39).

Esta primera aportación humana, inadecuada en un orden natural, se repite rigurosamente en otros sucesos del Evangelio. También en el Antiguo Testamento queda claramente establecido que es Dios quien dará la victoria a Israel y no Gedeón, pero ahí están combatiendo los trescientos soldados (Jueces, 7).

Dios y el hombre colaboran en la textura de la historia y, por tanto, de la política. Es difícil saber exactamente cómo, pero hay indicios aleccionadores de que algunas cosas suceden como en el milagro de Caná. Algunos grandes movimientos ideológicos que aparecen en momentos decisivos de la historia de sus pueblos han tenido un período de incubación largo y silencioso.

Parece que es a partir de un pequeño núcleo —*pusillus grex*— de servidores irreductibles de una buena causa, como Dios irrumpe visiblemente en los acontecimientos políticos. Multiplicando y perfeccionando lo que ya existe más que creando bruscamente de la nada. Haciendo realidad los sueños de unos pocos hombres que han ido preparando una minúscula ofrenda material, que han llenado a tiempo las hidrias de agua.

Cuando llega la hora de Dios se ve que lo mismo prende un incendio con una antorcha que con una cerilla.

Es curioso ver cómo, inconscientemente, los hombres proceden muchas veces también así. Condicionan su generosidad a la seguridad de un complemento previo; es más fácil conseguir dinero para una ampliación de algo que ya está en marcha, que para fundar *ex nihilo* algo que sólo existe en proyecto.

En el orden político internacional es aún más tajante: casi

todos los grupos políticos reciben peticiones de ayuda por parte de extranjeros que quieren instalar esa ideología en su país. La respuesta es siempre la misma: preparen «algo» propio; cuando tengan «algo» hecho, ya les ayudaremos a crecer.

Importa tener a la vista aquellos rastros de Dios para no desmayar en el mantenimiento de un ideario o ambición política exigentes. Nuestra perseverancia hará que no se malogre su misericordia por falta de ese pequeño pero necesario factor humano.

Sobre la importancia de que la vocación política trabajosamente conseguida se aplique a «algo» dedicaré ulterior consideración. En definitiva, la propia perseverancia se halla comprometida en esta cuestión.

### VIII. Promoción, diagnóstico y mantenimiento de vocaciones políticas

#### a) Promoción

Llegamos al final de la investigación. Presupuesta primero y mostrada después —así lo espero— la existencia de una vocación propiamente política, se trata ahora de promoverla y fomentarla. De animar a muchos católicos excelentes, bien dotados para esta tarea y ausentes de la misma, a ponerse en la presencia de Dios y meditar —carifiosamente, amorosamente— sus voces y sus silencios. Lo que imperiosamente les demanda, en suma. Y que tiene poco que ver con esa gente que anda «pescando» curas, médicos o poetas... o políticos. En ningún campo son más graves las violaciones que en las decisiones del alma.

Uno de los más importantes problemas de la Iglesia en España es la escasez de seculares dedicados al servicio de sus intereses políticos. Cuesta dar el paso. Cuesta entregarse pronunciando «ecce ego quia vocasti me» (I Reg. 3, 9). Cuesta perforar el muro de celos e incomprensiones. Cuesta desarbolar los consejos —familiares, amistosos— esterilizadores, ecos eternos del «¿Acaso soy yo guardián de mi hermano?» (Gén. 4, 9) cainita.

Es un fenómeno curioso que corre paralelo a lo que ocurre en otras vocaciones, en concreto la sacerdotal o religiosa. Hablando de ella —y es perfectamente extrapolable a nuestro caso—, decía Gustavo Corção: «¿De dónde quieren esas personas que salgan los curas y las monjas? ¿De dónde quieren que salgan los santos? Lo que parece bien claro es que no quieren santos en la familia. No digo que no los quieran deliberadamente, positivamente, que sean capaces de sofocarlos, no. El modo de no quererlos es evasivo y negativo: una especie de anticoncepcionismo espiritual» (*As fronteiras da técnica*, Agir, Sao Paulo, 1955; y en *Permanência*, núm. 50-51, mayo-junio 1981, pág. 19).

Todos estiman evidentemente la civilización cristiana, todos la desean. Con lo cual, y dado que los políticos son necesarios, querrán que se produzcan por generación espontánea o que vengan de otros planetas por panespermia.

Y es que los herederos de la civilización cristiana somos una raza secularmente habituada a recibir. O mejor, somos una raza poco habituada a dar. Por eso, los diversos procesos de producción nos parecen ajenos y sobre todo debidos, indiscutiblemente debidos. Si escasea el pan, decimos: «¡Hacen falta labradores!». «¡Precisamos de brazos!».... Se reolama pureza, abundancia, pero como si esas cosas se debieran a un servicio municipal.

Una de las causas de tal mentalidad, si hacemos caso al mencionado Corção, está en la inevitable complejidad del mundo moderno combinada con la falta de unidad moral propia de la sociedad burguesa. Nuestras actividades son poco productivas, o muy indirectamente productivas. Somos burócratas, funcionarios, intermediarios, profesores, dirigentes, etc. Esta situación, a falta de una rectificación, inculca el hábito de no establecer la necesaria ligación entre el trabajo y sus frutos.

La única rectificación posible, el único modo de restaurar la inteligencia del problema, sería si paralelamente a la creciente e inevitable complejidad social creciese también la conciencia de fraternidad política y de bien común. ¡Siempre el bien común despuntando entre los intersticios de cualquier manifestación política!

Esa rectificación pasa, sin duda, por el florecimiento de la generosidad, por la identificación con la vieja divisa: «Dar es nobleza; recibir, servidumbre».

### b) *Diagnóstico*

Yendo más allá es preciso diagnosticarla en el sujeto que medita sobre su vocación seglar específica y, a lo mejor, no se ha dado cuenta.

Pero no podemos pretender crearla. Eso le compete a Dios. De ahí que para llegar a su diagnóstico lo primero que se precisa es su existencia. Que haya vocación, entrega personal a Dios con ocasión de sentir un encargo, que es secundario, aunque aparezca en primer plano.

Si se descuida esta constatación quedamos abocados a confundir —por la semejanza de *actividad* pero no de *vocación*— la vocación política con cualesquiera otras dedicaciones a la misma; y de esta confusión igualitarista nacen afirmaciones y actitudes que pueden llevar a una confraternización con los enemigos de la fe. Con el consiguiente riesgo de hacerles concesiones en detrimento de la lealtad y fidelidad debidas a las relaciones personales con Dios.

Pero si bien la vocación es cosa de Dios, en su fructificación tienen que ver los hombres: la acción del Creador viene asociada a causas segundas. Entre estos factores humanos, muy numerosos, se pueden señalar en una primera aproximación —destacadamente— el «amor» y la «aptitud».

Y precisamente suele denunciarse su presencia por la *inven*ción del deber. Ya el físico Ostwald decía que el único síntoma que podía poner al profesor sobre la pista de la excelencia de un estudiante novato era el que no se contentase con la labor impuesta y se crease otras a sí mismo. Y Marañón, comentando esta idea, la entiende no sólo en un sentido cuantitativo —es decir, en que el joven cumple sus deberes y, además, los nuevos—, sino también en el cualitativo —esto es, que pueda dejar de lado al-

gunas obligaciones y realizar con amor las que él se creó— (Gregorio Marañón: *op. cit.*, págs. 44-5); por más que esta segunda parte sea más discutible desde el entendimiento católico, pues no en vano su ascésis es inseparable del cumplimiento de los deberes menos agradables, pero que se contemplan como venidos de la voluntad de Dios.

Una vez *denunciada* y rastreada por los factores citados se *acredita* no por una temporada de fervor pasajero, que todos los hombres pasan, sino por la *perseverancia*.

Como síntomas más concretos, y a título de ejemplo, en que podemos fijarnos para realizar el diagnóstico, está la concurrencia o ausencia de las siguientes circunstancias:

1. Si tiene afición al seguimiento en prensa o televisión de asuntos políticos e históricos. El coleccionismo es una forma de seguimiento que puede resultar indiciaria. En definitiva, la historia y la cultura son una prepolítica y por eso los políticos de vocación les prestan gran atención.
2. Si se encuentra a gusto en compañía de personas de reconocida vocación política. Al igual que si un joven acaricia la idea de ser religioso, será medida de obligada prudencia que trate familiarmente a los religiosos de la orden soñada y que frecuente las obras que llevan entre manos. La hoy tan olvidada recomendación espiritual del cuidado de las «amistades» alcanza aquí pleno significado.
3. Si hace proyectos sobre estos temas o participa en los de otros, y si realiza sacrificios al servicio de esos proyectos. A este respecto no debe preocupar la desproporción entre los proyectos y las realizaciones. El padre Ramón Orlandis S. I., a quien mostrara un amigo su desasosiego por ese hecho, le tranquilizó diciendo que los proyectos son como las flores de un árbol, y aunque no todas produzcan fruto sirven al menos para darle visibilidad. Lo mismo los proyectos, que sirven para alabar a



Dios con nuestra buena voluntad.

4. Si la práctica de las anteriores circunstancias le estimula a ser mejor. Y mejor no quiere decir más agradable o mejor educado —que no son *gentlemen* lo que se busca—, sino que le estimule en la oración, práctica de los sacramentos y vida espiritual.

A *sensu contrario*, ver si de su vida espiritual salen fuerzas y entusiasmo para sus actividades políticas.

5. Si dejamos que el conjunto se pose y valoramos el tiempo que viene durando esa *correlación* entre vida espiritual y dedicación política, estamos ya en puertas de que se haga consciente y claro y de que se acepte su enunciado.

Una vez en este estado, confirmada reiteradamente la correlación, y mantenido durante largo tiempo, pasa a formular una consagración. La vocación se consolida luminosa, nítida, pacificadora.

### c) *Mantenimiento*

Es uno de los verdaderos puntos decisivos, y sobre el que tenemos obligación de pensar sin descanso. No cabe duda que la renovación del trato con los compañeros de fatigas —en especial los principiantes y dudosos con los veteranos— mediante tertulias o clubs, o la iniciación de alguna empresa común en que se respete la libertad de concreción de cada uno, pueden ser muy útiles para la finalidad perseguida.

Pero lo más importante, quizá, sea «caer en la cuenta»: pensar en el asunto, divulgarlo en artículos o conferencias...

El ingenio y la inspiración abren aquí amplios caminos. Lo que es urgente e inexcusable es conseguir lo propuesto. De ello depende que no se apague la estrella tantas veces maltrecha de la vocación.

Manuel de Santa Cruz, que como nadie ha comprendido la trascendencia de estas cuestiones, lo que nos jugamos en este envite, tiene un párrafo extraordinariamente lúcido: «El Señor pasa llamando gente. A unos, a la hora de prima; a otros, a la de nona. Son muchos los que a su paso hacen en breve tiempo una gran revolución interna y la ganan, pero no la consolidan y acaban perdiendo el contacto con Dios, entre otras razones, porque en el momento preciso para esta consolidación nadie les contesta eficazmente a la pregunta que les brota generosamente del alma: «¿Qué? ¿Qué hay que hacer?». Si los principios que en el momento de su conversión han sido revelados a estos nuevos Saulos no descienden pronto a impregnar los menores detalles de su vida natural, se marchitan y se pierden» (*Más allá de la deontología médica*, Fax, Madrid, 1962, pág. 7).